



EL TIENTO

## EL TIENTO

Un, dos, un, dos y respiró profundo tres veces. Había terminado los ejercicios matutinos. Miró de reojo a su mujer que se desperezaba suspirando satisfacción y como todos los días lo hacía, después de saltar de la cama y hacer gimnasia, se metió en el cuarto de baño. El día que acababa de empezar era importante para mister Young, cumplía años.

Se duchó, luego friccionó su cara y su cuerpo con la loción predilecta, pulió su barba blanca y se miró al espejo y se sintió grotesco al ver la boca sin dientes, y con la habilidad que proporciona la práctica diaria, se colocó la prótesis dental, la que estuvo sonriéndole con ironía quizás porque acababa de cumplir 85 años de edad.

Young no era su nombre, tampoco era un mister, pero así lo llamaban desde hacía más de 20 años, era un apodo cariñoso que le acomodaron su mujer y sus hijos al regreso de América al notar que en aquel lugar de Europa, los mayores no se actualizaban en lo referente a la moda.

Posiblemente respondiendo a una pregunta indiscreta, alguien me contestó una vez:”Los hombres elegantes no seguimos la moda, pactamos con ella”.

A través de los años he podido comprobar esta realidad.

No soy de carne y hueso, soy un invento del que escribe éste relato, estoy programado para permanecer en la tierra mas allá de mi propia existencia y como ya les contaron antes me han puesto el apodo de mister Young.

Estoy hecho a imagen y semejanza de un pintor de personas, excepto que yo ya disfruto de salud, mientras que él cada día está mas atropellado debido al Parkinson que padece. Lamento el estado en que se encuentra este pintor, porque sé por experiencia lo que le pasa, pues en el año 2006 todavía no me habían operado y tuve que fabricarme un tiento para controlar mi pulso tembloroso y poder pintar.

“El sentencioso”, así llaman mis hijos a un conocido que asegura todos los años que su amigo el pintor, o sea yo, estoy tan mal que de este año no pasaré.

Yo sigo, hoy estamos en el año 2013 y yo mister Young estoy alistándome para inaugurar una exposición retrospectiva de mi obra que tiene lugar en el museo de retratos que fundé en el año 2007.

-Esta camisa de lino blanca es la adecuada, aconsejó mi mujer.

Era igual que la que tenía puesta el día que después de que me operaran regresé al estudio con el ánimo de reanudar mi trabajo, y tuve la sensación de entrar en un cofre repleto de tesoros resplandecientes. Todo estaba en el orden de la espera, los arco iris que arrastrados por el sol penetraban todos los días con nuevos matices de colores se regocijaban proyectándose en las paredes y abrazando la camisa blanca, me dieron la bienvenida.

Del estudio de mister Young al pueblo habían 12 kilómetros que bien podía hacerlos con los ojos vendados ,pues cuando estaba la obra en marcha, lo recorría con frecuencia en

busca de materiales y personal, pero éste día conducía despacio, había recogido a sus hijos en la estación del tren y con los ojos bien abiertos miraba pasar aquellos cielos que alguna vez como obedeciendo una orden de :-“Alto,déjalas aquí...”el azul del cielo detuvo las nubes andariegas para que el pintor pudiera regalarlas a los árboles, a los prados y a los montes.

No puedo ni debo olvidar cuando parecía imposible curar el Parkinson y asumí el hecho de que de manera irreversible, día a día mis facultades se deteriorarían y acabé por aceptar la realidad e ir midiendo mis energías y aplicarlas a la pintura; esta actitud me reportó resultados positivos, tantos que a veces me daba la sensación de que la enfermedad no avanzaba, pero no era así, el temblor de mi boca delataba la realidad.

Es cuestión de tiempo se dijo un día mister Young y pintó con más entusiasmo. Buscó la esencia de cada expresión humana, no perdió el tiempo dando rodeos a la estética, pues no se trataba de desear vivir mucho tiempo, era cuestión de vivir el tiempo disponible.

Para mí, decía mister Young, es tan importante el tiempo que me siento obligado a decirles qué hice con el, es la tarea que me ha puesto el inventor de mi persona. Debo contarles lo que pasó y lo que no pasó, para que tengan una idea de lo que pueda pasar.

En el año 2005, todos sabíamos que avanzábamos en un mundo redondo y estábamos conscientes de que en un punto del camino encontraríamos a los que iban y a los que venían. Habíamos comprobado que aquellos que corrían en un mundo plano, personal, caían en el abismo de un pasado equivocado.

Evolucionamos correctamente a la par con los movimientos naturales, producto de la acomodación atmosférica, el planeta se desarrolla y cambia constantemente, el estudio de estos movimientos nos enseña cómo debemos subsistir en la tierra, exige conocimientos para que los cambios no nos cojan por sorpresa.

El mundo avanza y muchos pasados han pasado por la vida de mister Young.

Las dificultades que van surgiendo exigen conocimientos de todas las ciencias. La experiencia nos enseña que no podemos subsistir guiados por incompetentes, y hemos aprendido a elegir a nuestros dirigentes.

Hoy en día el crimen, el asesinato, dejó de ser solo la imagen del puñal, del cuchillo ensangrentado; el papel cuando se utiliza para expoliar, también salpica sangre.

Sí, hemos avanzado mucho y lo que no ha pasado todavía pasará, si mister Young acierta enseñándonos cómo lo hizo.

Yo, mister Young , no supe ni cómo, alguien investigó mi pasado y mi presente profesional, y muy a pesar de las sentencias del “sentencioso”, me localizó vivo y pintando, y tuve la oportunidad de colocar las cartas sobre la mesa, una mesa que sabía medir el contenido de mi pintura y el alcance del proyecto del museo de retratos.

Me adjudicaron un caserón abandonado. De los muros que quedaban y de las grietas de las paredes, aquellas que tuvieron oídos, las que escucharon las historias, salió la pátina mezcla de viejos logros y nuevas esperanzas que lucía la casa que alberga al primer museo de retratos del país.

Todavía recuerdo cuando la esposa de mister Young en una visita a la obra decía: “Este rosal hay que conservarlo”, y acariciaba las flores. Y mister Young, que no sabía disimular sus emociones, desde donde estaba sopló a su mujer un beso que voló desde la palma de su mano.

Le pregunté al esposo enamorado que si ella siempre acariciaba las flores con tanto cariño, y mister Young dijo que sí, y me contó que en donde estuvieron y a donde llegaban en el ir y venir, tratan de levantar un hogar digno, y mi esposa siembra flores en el jardín.

Los ojos del artista reflejaron las gotas de rocío que resbalaban de los pétalos de una rosa roja, frotó sus párpados y concluyó: -Para mi mujer lo negro es negro, lo blanco es blanco y las flores de cualquier color amorosas.

El proyecto del museo que siempre estuvo en el mismo morral que cargaba mister Young, aquel que guardaba el equipaje que por segunda vez hizo y después deshizo para entregar su contenido como ofrenda valiosa a su país natal, se volvió realidad.

-¡Todo esto es una farsa! Mister Young no es más que un viejo enfermo, pregonaba el “sentencioso” y condenaba, hay que ponerlo en su lugar.

¿Mi lugar?, se preguntaba mister Young. Debe de ser el suyo, claro está, es aquel lugar donde yace el sentencioso, y yace bien.

Lo cierto es que el pintor está en su sitio pintando, pues con la ayuda del tiento y los medicamentos que regulan el Parkinson, domina el temblor de las manos, un marcapasos controla los latidos de su corazón, su motivación prolonga el tiempo disponible, lo que se sale de sus manos son las personas que podría pintar pero que no se deciden a posar para él. Mister Young compensó estas ausencias colocándose ante un espejo y pintando su autorretrato, su mujer y sus hijos reemplazaron a modelos e hizo varios retratos de su familia y también sacó el caballete a la calle para pintar panoramas que en el ir y venir en sus caminatas habituales le despertaron emociones.

La cuestión está en que mister Young siguió y sigue pintando tan a gusto que sus cuadros bien pueden ir y engrosar aquella lista de todos los pintores a los que sólo al fin y al final les reconocen el valor de su obra.

Si tuviéramos que invertir en el pan y la sal que les fue negado, todo el producto de las obras de muchos pintores, hoy no habría depósito para almacenar tanto pan y tanta sal.

Como dije antes, el museo se inauguró en el año 2007 con una exposición de retratos de grandes maestros de diferentes partes del mundo. El Museo de Retratos el primero en

España de esta modalidad, entonces ya fue proyectado con dos grandes salas para exhibiciones de pintores contemporáneos, una extensa biblioteca, oficinas de administración donde informaban de todo lo referente al retrato y proporcionaban reproducciones de los cuadros. El resto del edificio estaba totalmente dedicado a mostrar y conservar las obras patrimonio del museo, se construyó un depósito climatizado y amplios espacios adecuadamente iluminados exhibían las obras.

El día de la inauguración había tres cuadros de mister Young, su autorretrato titulado “El Tiento”, el de su esposa “Dulcinea” y el retrato de un “Violinista”.

“El Violinista” es un cuadro importante para mister Young , pues su historia está muy unida a una gran amistad.

Era el 2006, cuando todavía no existía el museo. Mister Young instaló su estudio en una casa antigua de un valle precioso, la restauró y así volvió a vivir en un lugar adecuado. Con la ayuda del tiento pintó varios cuadros. Allí fue a parar un virtuoso del violín que también padecía la enfermedad de Parkinson. Adquirió un molino antiguo que mister Young le ayudó a restaurar. Lo hicieron con tanto acierto que la acústica del estudio silenciaba todos los ruidos del exterior, modulaba los acordes del violín y solo dejaba escuchar el arrullo del agua del riachuelo cercano.

Mister Young era muy optimista respecto al futuro de su salud, estaba seguro de que la cura del Parkinson era una realidad cercana. El violinista era pesimista, aceptaba el hecho de los esfuerzos que se hacían para curar la enfermedad, pero argumentaba que era tarde para él. –Nosotros tenemos otra enfermedad irreversible, la vejez, decía el amigo. –No pierdan el tiempo conmigo, se lamentaba.

El cuadro de mi vida está apenas esbozado y quizás en un instante puedo terminarlo y este momento puede llegar hoy, mañana, inesperadamente, y necesito estar vivo para aprovecharlo. Y tú, virtuoso del violín que puedes arrancar emociones profundas a cada instante, debes permanecer vivo el mayor tiempo posible, acabó argumentando mister Young.

El día aquel en que el mundo se estremeció, mister Young dijo: Esto puede ser el principio del principio. Todos recordamos los desastres que se fueron sucediendo. Aquellos acontecimientos exigían un cambio en el orden de los valores.

Fue entonces cuando un buen día vino mi neurocirujano a verme y me dijo: Mister Young me han dado carta blanca para implantar células madre, ¿quieres operarte?

Inmediatamente dije que sí, pues estaba respondiendo a una pregunta que me había planteado desde aquel instante en que me diagnosticaron el Parkinson.

-Tiene sus riesgos, advertió.

-Los asumo.

Y yo, mister Young, me vi firmando papeles autorizando la operación.

El resultado no pudo ser mas halagador, a la semana habían desaparecido los síntomas de la enfermedad.

Lo primero que hice fue ir donde el violinista y animarlo para que se operara. Dijo que no,

que ya se lo había dicho el médico para que no insistiera más.

-Tengo muchos años, utilicen las células madre para gente más joven.

No pude convencerlo, y un día cualquiera después de escuchar desde mi estudio intentos de arrancar notas al violín, puse en mi equipo de sonido la interpretación de “El cant dels ocells”, que el había grabado para mí cuando todavía articulaba las manos, y con la música sonando en el aire, caminé hasta la casa de mi amigo.

Lo encontré sentado en el rellano de la escalera con el violín en el regazo y las manos en la cara escondiendo el llanto.

-Quisiera morir, no sirvo para nada.

-Ni hablar de tonterías, te necesito vivo, quiero que poses para mi mañana mismo, te espero a las cinco de la tarde, dijo mister Young.

Jamás había hecho un cuadro con tantos instantes de plena motivación. En tres sesiones lo terminé. Es un óleo de un metro diez por ochenta centímetros.

-Puedes verlo, dije al modelo mientras quitaba la tela protectora.

El violinista dio unos pasos y quedó frente al cuadro con la cabeza gacha, fue alzando la mirada y cuando estuvieron enfrentadas las dos caras, sus ojos vinieron a mi encuentro, me abrazó y sollozando me dijo: Quiero vivir, quiero tocar el violín aunque solo sea para morir mañana.

Atardecía cuando el cirujano y yo estábamos en la terraza de mi estudio contemplando el sol que, sonrojado como si durante el día hubiera hecho diabluras, se escondía tras los montes, los árboles y el campanario de la iglesia desde donde resonaban los cuartos y las horas del anochecer. De súbito y a deshora, el ruego prolongado de una cuerda musical exigió la atención de todos los oídos.

-Silencio, escuchad esto, ordenó mister Young.

Todo calló, solo los dedos de la mano del violinista no recibieron la orden y se deslizaban por las cuerdas del violín con el movimiento digital que sólo obedece al impulso que proviene de las profundidades del alma.

Las manos del virtuoso ya no temblaban, vibraban.

Entonces fue cuando vi humedecerse los ojos del neurocirujano, y escuché mi propia voz temblorosa, y dije: Esto no es una grabación.

-No, no lo es. Recuerda que te dije que ayer le di el alta.

Se encendieron todas las luces de todas las ventanas y la gente silenciosa iba y se integraba al grupo formado por nuestras mujeres, nuestros hijos y nuestros amigos que sentados en el prado escuchaban embelesados.

-Bravo, bravo, gritaba una voz firme.

-Bravo, bravo, bravo ...coreaba toda la gente, y fue entonces, en medio de los aplausos, cuando recordé el día aquel en que el virtuoso decía llorando:

-Quiero vivir, quiero vivir aunque sea para morir mañana, quiero morir tocando el violín.

Todos tenemos un violín.